

# El conjunto de monedas procedente de la zona de Villarubia de los Ojos (Ciudad Real)

**Francisca Chaves Tristán**

Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla

**Ruth Pliego Vázquez**

01

En la Historia de cualquier país hay periodos y acontecimientos determinados que revisten una importancia crucial en los cauces de su futuro. Este es el caso del último tercio del siglo III a. C. en la Península Ibérica y más puntualmente, de su papel como escenario en buena parte del desarrollo de la II Guerra Púnica, enfrentamientos que supusieron un violento revulsivo para sus habitantes. Por ello, cualquier elemento que colabore a arrojar más luz sobre el panorama político, social o económico de este complejo periodo reviste un interés especial que debe analizarse detenidamente.

En realidad, no sólo Hispania iba a sufrir una serie de cambios trascendentales a partir de ese momento sino que el resto del Mediterráneo occidental se abriría a una etapa histórica fundamental para marcar su cultura a lo largo de muchos siglos. Tiempo atrás, cartagineses y romanos se venían disputando el dominio de esta amplia zona sin que la balanza se inclinara definitivamente por uno de los lados a pesar de la victoria de Roma sobre Cartago tras la I Guerra Púnica el 241 a. C. De forma inesperada, o quizá no tanto, el suelo de la Península Ibérica, extremo del mundo conocido pero a la vez tierra de riquezas materializadas en metales codiciados, se iba a convertir en un punto clave para el desenlace de la larga contienda. Ciertamente sólo la toma de Cartago por Escipión Numantino en 147 a. C. la cerró del todo, pero en suelo hispano se había fraguado el principio del fin. La derrota y expulsión de los cartagineses de Hispania en 207 a. C., tras la batalla de *Ilija* con las legiones al mando

de Escipión Africano, padre adoptivo del Numantino, ya había sentenciado el futuro de los púnicos cuyas tropas se sentirían perdidas en territorio itálico y el mismo Aníbal acabaría vencido.

Pueblos muy distintos, con etnias diferentes y a veces entrecruzadas, habitaban Iberia en el siglo III a. C., habiendo visto desde siglos atrás, la presencia de gentes foráneas en su suelo, portadoras de culturas dispares, parte de las cuales se integraron en territorios o/y grupos locales diversos. Algunos traían unas piezas de metal con imágenes y a veces letras, que usaban para los cambios y los pagos pero que la mayoría de los habitantes de Iberia aceptaban sólo cuando el metal del que estaban hechas tenía un valor por sí mismo. Ciertamente, los griegos de la costa noreste usaban estas piezas con fluidez, y en la costa levantina, los arsetanos, de fuerte relación con ambientes helenizados suritálicos y sicilianos, se habían decidido por su empleo. En la zona sur, los púnicos, con el precedente claro de fenicios y orientales, contaban con una tradición probablemente más larga en siglos que en personas físicas. Pero llegó el momento en que Cartago vio la oportunidad de aprovechar esa tesitura favorable y, de una forma u otra, más o menos directamente, comenzó a marcar su clara influencia en Iberia como testimonian esas piezas monetales de bronce que vienen apareciendo en diversos lugares del sur y hoy se encuentran en el presente Fondo cuyo estudio empezamos a abordar.

Hasta qué punto la presencia de esas monedas de bronce pero por el momento nada conocemos de

plata– acuñadas fuera de la Península Ibérica –Cartago, Sicilia y/o la Cerdeña púnica– denotan en qué grado los cartagineses intervinieron en el suelo de Iberia, es uno de los temas interesantes que ahora se barajan, cada vez con más datos, en la investigación histórico-arqueológica española (Ferrer & Pliego 2010). Pero el conjunto de monedas del que tratamos a continuación pertenece a lo que podríamos llamar las consecuencias de la contienda romano-púnica en nuestro suelo. Veamos más despacio.

Sea cual fuere la situación anterior, con mayor o menor presencia física de cartagineses en Iberia, el hecho evidente es que el desembarco de Amílcar en tierras gadeiritas en 237 a. C. supuso un factor desequilibrante en gran parte del territorio, tanto en las zonas donde las raíces feno-púnicas eran tradicionales como en las que nada o poca relación tenían con ellas. A lo largo de los años siguientes iba a quedar claro que incluso las primeras –y el caso de la propia *Gadir* al final de la contienda lo muestra– más pronto o más tarde, acabarían viendo en Cartago más que afinidad étnica, una flagrante injerencia territorial y política. Pero la Historia no es ni simple ni lineal: la presencia de Roma con el desembarco de Cneo Cornelio Escipión en 217 a. C. en la griega Emporion y pronto la llegada de su hermano Publio, obligaría a los pueblos de Hispania a involucrarse en problemas ajenos que el destino iba a acabar convirtiéndolos en propios.

El teatro de operaciones de esta larga y dura contienda afectó a gran parte de la Península salvo la zona norte no mediterránea y, con menor incidencia, penetró hacia el oeste aunque en realidad todos los pueblos locales que quisieron –aparte de los que no tuvieron otro remedio– pudieron participar como mercenarios en las luchas entre romanos y cartagineses bien con un bando o con otro. Y es aquí donde aparece como un elemento de interés especial el conjunto de monedas procedente de la zona de Daimiel-Villarrubia de los Ojos.

La documentación asociada a una serie de lotes presentes en el Fondo Ricardo Marsal Monzón, coinciden en reunir grupos de monedas con una afinidad reiterativa según describiremos más adelante, monedas muy poco frecuentes en algunos casos y que, en bloque, responden a unas características similares a las publicadas como tesoro por García Garrido en la revista *Acta Numismática* de 1990. Tales similitudes conducen a pensar, bien que todas formaron parte de un mismo depósito, bien que se perdieron en un lugar muy concreto por parte de personas diversas pero que estaban participando en una acción

común con un final trágico que les obligó a abandonar tales pertenencias.

Antes de entrar en la composición de las piezas monetales halladas en la zona que quienes aportaron el material llaman indistintamente Casas Altas o Los Toriles, siempre aludiendo a Daimiel, aunque en realidad pertenece al término de Villarrubia de Los Ojos, es conveniente recordar cómo se ha planteado el estudio del material numismático perteneciente a la II Guerra Púnica en Hispania, así como la intervención arqueológica que tuvo lugar en los alrededores hace unos años.

Comenzaremos por esto último. En 1999 se hicieron una serie de sondeos arqueológicos en varias zonas de este lugar (Urbina & Urquijo 2000, 156). Las mencionadas intervenciones pusieron de manifiesto en Los Toriles una necrópolis del siglo IV- III a. C., detectando además, en una especie de península entre dos cauces de agua, un recinto de unas 8 Ha. El hábitat establecido en él y el material arqueológico hallado, fueron interpretados por sus excavadores como restos de un establecimiento que, desde época ibérica, continuaría en funcionamiento al menos durante la República. Como los materiales romanos seguían apareciendo por un área de unas 100 Ha entre el Guadiana y la vaguada que formaba su nacimiento, sus excavadores la suponen una gran ciudad relacionada con el aprovechamiento del agua de Los Ojos del Guadiana. Plantean en consecuencia si Roma potenció un asentamiento indígena mediano o simplemente aprovechó y amplió un importante núcleo indígena anterior (Urbina & Urquijo 2000, 157-161).

Para valorar las monedas que aparecen en estos lotes hemos considerado aceptable la distinción de tres zonas en que dividen a la Península Ibérica según la composición del numerario que presentan los hallazgos, siguiendo el procedimiento que en su momento establecieron García Garrido (1990) y Villaronga (1994; 2001-2003). Si bien este esquema se aplica a los depósitos que vienen considerándose tesoros, los hallazgos dispersos conocidos parecen mostrar una distribución semejante. De todos modos no podemos ignorar que el material con que se ha contado para establecer estos distintos ambientes se ha obtenido de tesoros de los que en muchos casos no se tenía seguridad del emplazamiento exacto del hallazgo o de conocer la totalidad de las monedas que lo compusieron. Remitimos para ello al comentario pertinente en el capítulo de Valoración del Fondo Numismático. No obstante las conclusiones a que se llega

con estas diferenciaciones son bastante razonables y sólo el aumento de nuevos datos seguros puede reafirmarlas y/o modificarlas.

El criterio tradicionalmente adoptado para establecer las zonas se basa en la presencia o ausencia de moneda hispano-cartaginesa en cada una, que va desde el predominio de dichas series en el sur y parte de Levante (Zona A), su circulación reducida en el área central, que afecta a las actuales provincias de Ciudad Real, Guadalajara y Cuenca, extendiéndose a parte del país valenciano (Zona B), y su práctica inexistencia en el noreste hispano (Zona C). A los tesoros conocidos que sumaban 29 cuando los mencionados autores establecieron su cuadro, se han añadido muy recientemente cinco más<sup>1</sup>. La interpretación que se viene aceptando postula que, aunque todas las monedas fueran del bando que fuesen podían desplazarse a lo largo y ancho de Iberia, las concentraciones de emisiones púnicas marcaban los territorios del sur y levante que permanecieron más tiempo en su poder, así como las de romanos y aliados se aglutinaban en ambientes más al norte. No obstante, y como consecuencia del movimiento no sólo de ejércitos contendientes sino por obra de los participantes locales, los desplazamientos de las monedas fuera de sus principales zonas de uso, encuentran en el centro de Iberia una parcela donde se mezclan indistintamente. El grupo de monedas del que nos ocupamos aquí responde a la zona B pero mantiene unas particularidades muy especiales. Veamos sus características.

Como expondremos enseguida, las piezas que han llegado a los lotes del Fondo Marsal Monzón, son de plata y la inmensa mayoría pertenecen a valores pequeños, incluso ínfimos, con un porcentaje poco significativo de emisiones realizadas fuera de la Península Ibérica. Destacan seis óbolos massaliotas y una pieza púnica labrada en Sicilia y, si bien aparece algún raro ejemplar que se atribuye a una emisión de Roma en Hispania, no encontramos los característicos victoriatos que, aunque en pequeño número, sí aparecían en el conjunto que publicara García Garrido. En este sentido es preciso recordar que los ejemplares aparecidos en *Acta Numismática* alcanzaban el número de 151 y, si les añadimos los presentes en el Fondo Ricardo Marsal Monzón, 205, el conjunto procedente

<sup>1</sup> En concreto el de Armuña del Tajuña (Ripollés, Cores & Gozalbes 2009), el denominado X4 (Ripollés 2008), el conjunto de la *American Numismatic Society* (Van Alfen, Almagro-Gorbea & Ripollés 2009), el de Cerro Colorado (Bravo, Vila, Dorado & Soto 2009), además de un hallazgo presentado recientemente en el Congreso Nacional de Numismática celebrado en Nules (Castellón) (Péris e. p.).

del territorio de Villarrubia de los Ojos asciende ya a 356 monedas, con lo que su importancia entre los hallazgos hispanos lo reviste de un significado especial.

Aunque el estudio minucioso de todas las monedas se está realizando en la actualidad, queremos destacar algunas de las características más interesantes. Quizá lo más llamativo es el dato que apuntábamos líneas arriba: la abundancia y casi exclusividad de valores pequeños y la masiva presencia de imitaciones de las monedas emporitanas realizadas sin embargo por los pueblos ibéricos. Si ya el óbolo es un sexto de la dracma, en este caso encontramos poquísimos, mientras que sus mitades, los hemióbolos, y en especial sus cuartos, los tartemoria, que pesan alrededor de 0,14 gr, forman el grueso del conjunto.

El otro punto que diferencia estas monedas de otros hallazgos, es la existencia de unas piezas, desconocidas hasta la publicación de García Garrido y que se ven notablemente aumentadas con las de los lotes presentes, que se caracterizan por una cabeza de Apolo de buena labra en el anverso y lo que viene interpretándose como un creciente, con algunas variantes, en el reverso. A ello se añade que su peso también bajo, unos 0,36 gr. de media, no coincide desde el punto de vista metrológico con las series anteriormente citadas de modo que estas monedas plantean varios problemas aún no resueltos.

Resulta también extraña la escasísima presencia de moneda tanto hispano-cartaginesa como romana, representada por unos pocos ejemplares incluso si consideramos juntos el grupo presente y el publicado por García Garrido pero hay que prestar atención al hallazgo de tres monedas poco frecuentes de la ceca hispana de Arse. Asimismo es un dato importante a considerar la existencia de trozos de plata, restos de joyas pero partidos intencionadamente, y algunos trozos informes que componen lo que hoy viene llamándose "hack silver", es decir, plata usada al peso por su valor como metal noble<sup>2</sup>.

Esta aglomeración de moneda, en una zona central de la Península Ibérica, realizada por los pueblos iberos, en la que las emisiones de los grandes contendientes sólo tienen una presencia testimonial, se presta a múltiples reflexiones sobre la problemática del momento. Si enlazamos con el planteamiento inicial, observamos que la II Guerra Púnica altera la vida cotidiana de los pueblos de Iberia desde el Pirineo a Cádiz y que esto no implica sólo el movimiento

<sup>2</sup> Ver bibliografía sobre el tema en Ripollés, Cores & Gozalbes (2009).

de personas en cuanto a la posibilidad de enrolamiento como mercenarios, cosa que dos siglos antes ya se había realizado desplazándose muchos iberos hacia Sicilia e Italia, sino que obliga a modificar ciertos hábitos culturales. La masiva explotación de las minas por los cartagineses y enseguida por los romanos, intensifica y renueva sus métodos, las necesidades de los ejércitos en lucha fuerzan una reorganización de los medios de abastecimiento y el contacto con ambos bandos, seguido del inicio de la conquista romana, modifica más o menos rápidamente y hace tener en cuenta variados elementos de sus culturas.

Este último caso se refleja bien en la moneda pero encierra una interesante lectura. Se ha repetido hasta la saciedad que es entonces cuando el suelo de Iberia ve correr, como nunca antes había sucedido, monedas de diversos tipos y metales del norte al sur, llevadas al ámbito local por mercenarios y abastecedores de los pueblos de la Península. Y así se extiende en muchos de ellos el hábito de su uso si bien en ambientes restringidos. Sin duda esto es cierto, pero no perdamos de vista que las monedas más frecuentes que los hispanos tuvieron entre las manos fueron, por parte cartaginesa, las impresionantes cabezas de arte helenístico, con barcos y elefantes, o bien reiteradas efigies de Tanit y rostros masculinos con los inevitables caballos y palmeras. Los romanos dejaron pocas piezas con Jano bifronte y cuadrigas al reverso y bronce con diversas divinidades y siempre proas en la otra cara y por fin, pero lentamente, sus denarios con Roma y los Dioscuros a caballo.

Pero los pueblos iberos prescinden en sus emisiones tempranas de este mundo de imágenes extrañas y, acuñando ellos mismos monedas que sin duda participan en la contienda, copian piezas muy conocidas, precisamente por serlo, como estas monedas del conjunto que aquí presentamos. En efecto, *Emporion*, aún estando en casi el extremo noreste peninsular, tenía una amplia tradición entre los pueblos más o menos vecinos y las cabezas de la diosa griega con el Pegaso en los reversos, gozaban de la garantía de lo próximo y conocido.

Muchos más problemas plantea este conjunto de monedas halladas en la zona de Villarrubia de Los Ojos. Las piezas merecen un estudio detenido que en este momento se realiza, y ya se han efectuado los análisis físicos de su metal. Esperamos que en un plazo no largo puedan presentarse unas conclusiones que aporten datos interesantes sobre ciertos aspectos de este complejo periodo.

## Referencia bibliográfica

Bravo, S., Vila, M., Dorado, R. y Soto, A. (2009) "El tesoro de Cerro Colorado. La Segunda Guerra Púnica en la costa occidental malagueña (Benahavís, Málaga)", *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología (Cádiz, 22-24 octubre de 2007)*, Madrid-Cádiz, 105-118.

Ferrer, E. y Pliego, R. (2010) "...*Auxilium consanguineis karthaginiensis misere*: un nuevo marco interpretativo de las relaciones entre Cartago y las comunidades púnicas de Iberia", *Mainake XXXII (I)*, 525-557.

García Garrido, M. (1990) "El hallazgo de Villarrubia de los Ojos: Segunda Guerra Púnica, final siglo III a.C.", *Acta Numismática* 20, 37-78.

Péris Blanch, E. (e. p.) "Hallazgos de monedas griegas en Andalucía", *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología (Nules, 25-27 octubre de 2010)*.

Ripollés, P. P. (2008) "The X4 Hoard (Spain): Unveiling the Presence of Greek coinages during the Second Punic War", *Israel Numismatic Research*, 51-64.

Ripollés, Cores y Gozalbes (2009) "El tesoro de Armuña de Tajuña. Parte 1: Las monedas", *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología (Cádiz, 22-24 octubre de 2007)*, Madrid-Cádiz, 163-182.

Urbina, D. y Urquijo, C. (2000) "La necrópolis íbero-romana de los Toriles-Casas altas (Villarubia de los Ojos)", en L. Benítez de Lugo Enrich (coord.) *El patrimonio arqueológico de Ciudad Real: métodos de trabajo y actuaciones recientes*, Ciudad Real, 153-166.

Van Alfen, P., Almagro-Gorbea, M. y Ripollès, P. P. (2008) "A New Celtiberian Hacksilber Hoard, c. 200 BCE", *American Journal of Numismatic*, Second Series 20, 265-293.

Villaronga, L. (1993) *Tresors monetaris de la Península Ibèrica. Anteriors a August: Repertori i anàlisi*, Barcelona.

- (2000) *Les monedes de plata d'Empòrion, Rhode i les seves imitacions: de principi del segle III a.C. fins a l'arribada dels romans, el 218 a.C.*, Barcelona.

- (2003) *La plata emporitana: de la segona guerra púnica, final del segle III a.C.*, Barcelona.